



Comentario bibliográfico

González Calleja, Eduardo y Aubert, Paul: *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial, 1914-1919*, Madrid, Alianza, 2014.

Marcial Costoya

Universidad de Buenos Aires

marcialcostoya@yahoo.com.ar

Fecha de recepción: 29/11/2014

Fecha de aprobación: 01/12/2014

El centenario del estallido de la Primera Guerra Mundial ha supuesto, en todo el mundo, un renovado interés por este acontecimiento de tan trascendentales implicancias para la historia contemporánea y una oportunidad para volver a reflexionar y debatir sobre él. España no constituye una excepción, y a cien años del inicio de la Gran Guerra, se ha vuelto a discutir en la prensa y en el ámbito académico el papel que el país tuvo en la contienda y, especialmente, el impacto decisivo que la guerra acarrió en su vida política, económica, social y cultural. En este marco, el trabajo conjunto de los historiadores Eduardo González Calleja y Paul Aubert constituye un aporte historiográfico relevante, en tanto se configura como un detallado estudio de las diversas implicancias que para la nación española entrañaría la conflagración europea.

En relación con los autores del presente trabajo, debemos señalar que Eduardo González Calleja es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Carlos III de Madrid, y un historiador cuya trayectoria de investigación se ha visto abocada principalmente al análisis del fenómeno de la violencia política, así como de los mecanismos de orden público y de represión estatal en la España de los siglos XIX y XX. Paul Aubert, por su parte, es catedrático de Literatura y Civilización españolas en la Universidad de Aix-Marsella, especializado en estudios de historia intelectual y literatura española.

Partiendo de un análisis general de la posición de neutralidad asumida por el gobierno español en los inicios del conflicto, el núcleo de la investigación se orientará hacia una indagación de lo que los autores denominan un “frente secundario” de enfrentamiento y confrontación, esto es, el escenario español en el que los países beligerantes desarrollarán una amplia progresión de actividades de inteligencia, espionaje, sabotaje, contrabando y propaganda, dirigidas a fortalecer sus posiciones y debilitar las del enemigo, sirviéndose tanto de medios legales como ilegales para disputarse un terreno cuya significación estratégica devino incuestionable.

En este sentido, el trabajo de González Calleja y Aubert se propone quebrantar el extendido tópico de una neutralidad “beatífica” y desterrar la idea de una “guerra contemplada a distancia” que posibilita un crecimiento económico sin precedentes y un achicamiento de la brecha que separaba a España de los países capitalistas desarrollados. Coincidiendo con análisis de historiadores como Manuel Tuñón de Lara y Javier Tusell, los autores se orientan hacia un reconocimiento del conflictivo impacto que la guerra generó en las diversas esferas de la vida española. De esta manera, destacan que si bien las nuevas circunstancias creadas por el conflicto bélico implicaron una importante expansión de la actividad económica, en tanto supusieron para España la posibilidad de proveer a los países beligerantes de diversos productos (entre los cuales destacan en primer lugar los minerales), éstas comportaron asimismo el desarrollo de un proceso inflacionario, un encarecimiento del costo de vida y una caída del salario real que afectaron negativamente a la clase trabajadora, tanto urbana como rural. En consecuencia, la actividad huelguística y las protestas obreras se multiplicaron en todo el territorio, adquiriendo magnitudes preocupantes para unas clases dominantes poco propensas a realizar concesiones (a pesar del pulso ascendente de los negocios y la rentabilidad capitalista) y que vivenciarían con creciente temor la consolidación de

las organizaciones sindicales y la súbita irrupción de las masas en la vida política española, hechos que confluyeron para precipitar una profunda crisis política. La guerra se presenta, de este modo, como un punto de inflexión en el decurso histórico español, un acontecimiento externo que altera drásticamente las condiciones de existencia de la sociedad, marcando a fuego todo el tejido social, económico, político y cultural del país y contribuyendo a exacerbar las contradicciones que lo atravesaban.

El tratamiento de la neutralidad española conduce a los autores a un breve recorrido por las percepciones de algunos contemporáneos destacados, especialmente miembros de la intelectualidad y la dirigencia política, que supieron verla como un producto de la situación de inferioridad del país, del atraso, la inercia y la postración nacionales; como un resultado más de la completa incapacidad de la nación española para estar a la altura de lo que exigían las circunstancias históricas. Es una noción de la neutralidad teñida de pesimismo y concebida como “una vergüenza inevitable” (Unamuno) o como manifestación de impotencia: “somos neutrales porque no podemos ser otra cosa” (Cambó). Enlazando con esta matriz de pensamiento, el propio Ortega y Gasset pensó la neutralidad como una oportunidad perdida, en tanto la renuncia a participar plenamente en la contienda europea acarrea la imposibilidad de recuperar un sitio decoroso en el concierto de las naciones mediterráneas y restablecer al menos parcialmente el prestigio internacional del país, disminuido por el “desastre” de 1898, esto es, la derrota en la guerra Hispano-Americana y la pérdida de los últimos restos de lo que alguna vez fuera un imperio colonial.

La obra se interna asimismo en las repercusiones que la contienda supuso en términos políticos, analizando la formación de una línea de demarcación entre los partidarios de los imperios centrales o “germanófilos” (conservadores, tradicionalistas, católicos) ubicados a la derecha del espectro político español, y anclados en la defensa de nociones tradicionales de orden, jerarquía y autoridad, y los sectores aliadófilos, quienes identificaron la causa de los aliados con las ideas de la democracia liberal y el progreso (haciendo abstracción de lo que significaba la presencia del zar y de la Rusia imperial en el bando aliado hasta 1917). En esta vertiente encontramos a la intelectualidad pequeñoburguesa progresista y a los partidos y organizaciones obreras de la izquierda española. El propio rey, Alfonso XIII, expresaría sus simpatías hacia los aliados en la primera etapa de la conflagración (hasta que la Revolución Rusa de 1917 y la entrada norteamericana en la guerra

acentuaran el discurso republicano entre los aliados). “La *canaille* y yo somos los únicos francófilos” diría el rey al embajador francés a comienzos de la guerra.

González Calleja y Aubert reseñan la proyección de estos alineamientos propios de la política exterior hacia la lucha política intestina, polarizada en esta coyuntura entre defensores y detractores del denominado régimen político de la Restauración, una modalidad de dominio burgués establecida en 1874 para garantizar el monopolio del poder político por parte de las clases dominantes (un bloque social compuesto por la burguesía agraria, industrial, comercial y financiera). Formalmente se trataba de un Estado liberal y una monarquía parlamentaria que contemplaban el sufragio (primero censitario y a partir de 1890 universal masculino) como medio de participación ciudadana. De hecho, funcionaba como un ordenamiento político de carácter excluyente y antidemocrático, cuyos rasgos característicos fueron, por un lado, el funcionamiento de un sistema de alternancia política consensuado —conocido como el “turno pacífico”— entre los dos partidos “dinásticos” que oficiaban de representantes políticos de los intereses de la burguesía española, el Liberal y el Conservador, y por otro, la utilización de mecanismos coercitivos y clientelares (el tristemente célebre “caciquismo” español) para garantizar resultados electorales y mayorías parlamentarias. Un régimen que había garantizado, hasta los años iniciales del siglo XX, el marco de estabilidad política necesario para permitir el despliegue de las actividades económicas, pero que, incluso antes de 1914 ya había dejado expuestos sus flancos más débiles: su incapacidad para integrar y canalizar las demandas de los sectores que la propia modernización había potenciado (la clase trabajadora, los nacionalismos periféricos, la intelectualidad progresista) y su déficit de legitimidad democrática insalvable, que lo hizo blanco de duras críticas, con el agravante de que éstas ya no provenían únicamente de los sectores sociales excluidos del “turno”. A ese rechazo se venía agregando, hacia el final de la guerra, la disconformidad creciente de las propias clases dominantes, que lo perciben como un régimen cada vez menos funcional a sus necesidades, un sistema que deviene incapaz de resguardar sus intereses más vitales, produciéndose en consecuencia un viraje progresivo hacia las posiciones corporativistas y autoritarias que sustentarían, pocos años después, el golpe militar de 1923 y el ascenso al poder de la dictadura de Miguel Primo de Rivera, avi-

zorando en esta una alternativa de salida para la crisis española que excluyese, claro está, la democratización de la vida política.

En el primer capítulo, González Calleja y Aubert se abocan al análisis de la actividad de los servicios de inteligencia franceses y alemanes en España, a lo largo de la guerra. Proceden, en primer término, a exponer una detallada descripción de la estructura, funcionamiento y evolución de los servicios de información franceses, utilizando abundante material de los archivos de la inteligencia francesa, que aparecen como una de las fuentes documentales primordiales de la investigación vista en su conjunto.

Aunque en los primeros meses de la contienda los franceses tendieron a subestimar la relevancia estratégica que para las actividades de inteligencia podía suponer el territorio español, rectificaron el rumbo hacia mediados de 1915, sucumbiendo ante la evidencia del peso y la utilidad que el servicio de espionaje alemán poseía a esas alturas en España y avanzando en la construcción de su propia estructura. En este contexto, el montaje de una red de agentes secretos implicó para el Estado francés una tarea trabajosa, que supuso la asignación de crecientes recursos materiales y humanos, y una preocupación constante por ajustar la coordinación entre las diferentes secciones que componían un aparato de inteligencia que aumentaba su complejidad (Inteligencia Militar, Policial, Servicio de Informaciones de la Marina, etc.) con el objetivo de reunir, clasificar, cotejar, procesar y centralizar la información de cara a maximizar su utilidad en el marco de la guerra.

En este orden, las prioridades iniciales de Francia se vincularon a la necesidad de garantizar la seguridad fronteriza en los Pirineos, y a la vigilancia portuaria tanto en el Mar Cantábrico como en el litoral Mediterráneo, recabando información sobre contrabando o posibles abastecimientos de submarinos alemanes. Posteriormente, la inteligencia intentaría diversificar sus acciones incluyendo operaciones de sabotaje y de contraespionaje. En función de la concreción de estos objetivos trabajaron los agentes adscriptos a los servicios franceses, que contaban con instrucciones precisas de evitar cualquier intervención que contrariara los intereses de España, en resguardo de las ventajas que comportaba para Francia su neutralidad.

Los resultados relevados por los autores apuntan, más allá de la creciente profesionalización

del servicio de información francés, a lo que parecería delinearse como un balance relativamente magro sobre sus actividades, señalando el escaso éxito de las tareas de contraespionaje y de las operaciones de sabotaje, así como los perjuicios generados por el exceso de información irrelevante que fluía desde la red de agentes (cuyo salario dependía de la elevación periódica de informes a sus superiores) hacia las estructuras burocráticas de los servicios de información.

Una mayor eficacia parece haber caracterizado a los servicios de inteligencia y espionaje alemanes, que son analizados por los autores, primordialmente, a través de documentación de la inteligencia francesa (la sección del capítulo se titula, de hecho, “Organización del servicio de información alemán, según el servicio secreto francés”). El terreno principal de la actividad de inteligencia alemana era la propia Francia, pero con anterioridad al estallido de la guerra, ya se había erigido una amplia red de agentes y colaboradores en tierra hispánica, que operaban subordinados al consulado. El interés alemán por España se acrecentaría a causa de la aplicación efectiva del bloqueo naval aliado, al compás de las crecientes necesidades de abastecimiento que este entrañaba para el *Reich*.

Promediando la guerra, y a medida que España se decantaba hacia una neutralidad más próxima a los aliados, abandonando la supuesta equidistancia inicial, quedaría cada vez más claro, según apuntan los autores en el capítulo titulado “Guerra de espías”, que las actividades de estos servicios secretos eran cualitativamente distintas. En el caso alemán, lo fundamental fue dificultar el aprovisionamiento aliado desde un espacio español que se transformaba en un proveedor importante del enemigo, con lo que debió desarrollar operaciones de corte ofensivo (sabotajes, fomento de huelgas), al tiempo que procuraba potenciar el contrabando de minerales y de combustible hacia Alemania. Inmersos en una situación diferente, los servicios franceses se concentraron en la recolección de información, priorizando el resguardo de la posición privilegiada y el trato preferencial conquistados por los aliados, objetivos que necesariamente relegaban a un segundo plano las operaciones ofensivas.

En este tramo de la obra, desfilarán ante el lector abundantes historias de espías, agentes dobles, saboteadores (que promueven huelgas, envenenan ganado o introducen gorgojos en los cargamentos de trigo dirigidos al enemigo), funcionarios españoles al servicio de potencias ex-

tranjeras, y un abanico de *affaires* que indefectiblemente eran catapultados a las primeras planas de los periódicos de mayor circulación. Una de las historias más llamativas refiere a una operación fallida de los servicios franceses, que consistía nada menos que en la eliminación física de un destacado espía alemán. La maniobra que se había planificado era el envenenamiento del agente a través de la ingestión de bombones de chocolate “especiales”. Este propósito no llegó a concretarse a causa del “espantoso sabor de los bombones” según reconoce el informe elaborado por los agentes franceses intervinientes.

Asimismo, mencionaremos aquí una intervención alemana complementaria, representada por el intento de desestabilizar el Protectorado Francés en Marruecos, fomentando levantamientos anticoloniales de las kabilas rifeñas (tribus nómades levantiscas), actividades para las que se utilizó el Marruecos español como base de operaciones (el epicentro de la propaganda y la agitación “insurgente” era Melilla). A pesar de la provisión alemana de dinero y armas, y de la colaboración activa de agentes turcos, las insurrecciones sólo quedaron en intentos que se diluyeron sin apenas consecuencias.

Otro eje que estructura la obra se enlaza con un aspecto neurálgico de la contienda —en el que España desempeñaría un rol relevante—, el “frente económico”, esfera en la que los países beligerantes efectúan diversas intervenciones dirigidas a asfixiar económicamente al enemigo y a garantizar su propio abastecimiento. En este sentido, los aliados aprovecharían una posición naval más ventajosa para imponer un denso bloqueo comercial sobre las potencias centrales, que responderían —partiendo de su imposibilidad para impedir el flujo comercial hacia los países aliados— desarrollando una guerra submarina orientada a dificultar ese tráfico. El análisis de González Calleja y Aubert se focaliza en las múltiples implicancias de esta guerra económica —y de las alteraciones que trajo aparejadas para el comercio internacional— para España. En primera instancia, porque ésta encontraría obstáculos crecientes para obtener las importaciones imprescindibles para el funcionamiento de su economía. Esta situación inauguró, como en otros países europeos, un mayor intervencionismo estatal en la esfera económica, cristalizado en la imposición de prioridades a la hora de importar y en el control estatal de la flota mercante privada. Asimismo, España se vería gravemente damnificada por la guerra submarina alemana, con un saldo aproximado de 70 buques mercantes de pabellón español hundidos (lo que significó la pérdida de

un 25% del tonelaje total existente) y 271 marineros fallecidos, hecho que generaría un fuerte impacto en la opinión pública y el gobierno español. Las intenciones de este último de resguardar sus aguas territoriales y defender la integridad de su marina mercante resultaron estériles, dado que nunca se movilizó a la Armada para proteger a los buques mercantes. La actuación del gobierno español, más allá de las protestas diplomáticas recurrentes, se limitó a prohibir la presencia de submarinos en sus aguas territoriales y puertos, sancionando con el internamiento —que se extendería hasta el final de la guerra— a las naves que la transgredieran. Esta disposición, que afectaba únicamente a Alemania, condujo a que varios submarinos, dañados o detenidos en operaciones de avituallamiento o contrabando, quedaran internados en puertos españoles. La prensa y la opinión aliadófila resultaron entonces testigos atónitos y escandalizados del caluroso recibimiento brindado a las tripulaciones alemanas —que operaban hundiendo buques mercantes nacionales— por las autoridades locales y los oficiales del Ejército y la Armada españolas en los puertos de confinamiento. El escándalo devino mayúsculo y asumió proporciones internacionales cuando, en agosto de 1917, un submarino alemán (el UB-49) internado en el puerto de Cádiz —luego de un enfrentamiento con un carguero británico—, se dio a la fuga y se reintegró a las operaciones de guerra, acontecimiento que ocasionó airadas protestas de los aliados. La huida había sido orquestada por el agregado naval alemán, con la obvia complicidad de oficiales de la Armada española. El suceso colocó a las autoridades hispánicas en una posición harto incómoda. El posterior reclamo de retorno del submarino a su internamiento en Cádiz fue desatendido olímpicamente por los alemanes.

La intensificación de las operaciones de los submarinos alemanes condujo a un conflicto diplomático entre ambos países, llegando el gobierno español a evaluar seriamente la posibilidad de romper relaciones diplomáticas con Alemania y los Imperios Centrales, eventualidad que no se materializó al arribar a un acuerdo que contemplaba la entrega de salvoconductos a los buques mercantes españoles y la reposición de buques para reemplazar los hundidos injustificadamente (Alemania honraría este compromiso hacia el final de la guerra traspasando a España la propiedad de 7 buques mercantes alemanes internados en los puertos españoles).

La guerra submarina, por último, aparece como el factor que más decisivamente contribuyó a alejar al gobierno español de su posicionamiento inicial (la neutralidad equidistante entre los

bandos contendientes) decantándolo hacia un acercamiento a los aliados. En este sentido, bien señalan los autores, concurrieron otros factores de envergadura, fundamentalmente el vínculo de dependencia económica que ligaba históricamente a España con Inglaterra y Francia, sus dos principales socios comerciales.

A lo largo del quinto capítulo, “La guerra ideológica. La Propaganda”, los autores exploran las operaciones en el terreno propagandístico, describiendo el esfuerzo realizado por Francia y Alemania por influir en la opinión pública española. El recurso más utilizado en esta labor fue el subsidio directo a medios de prensa (especialmente periódicos). Una extensa polémica se desató cuando Luis Araquistain, un intelectual integrado en el PSOE y un asiduo colaborador en diversos medios de prensa, sugirió que “los dedos de una mano pueden servir para contar los periódicos diarios que no han sido comprados en Madrid”, apuntando especialmente contra el accionar propagandístico alemán. De hecho, los autores confirman la impresión de Araquistain, pues en este aspecto la intervención alemana fue más activa y “generosa” que la francesa y condujo a un peso relativo mayor de las posiciones germanófilas en la prensa española. Llamativamente, las aportaciones alemanas no sólo sufragaron a la prensa conservadora o católica, o a publicaciones especializadas (de la Marina o el Ejército) naturalmente inclinadas a apoyar, en la lucha ideológica, el esfuerzo bélico germano, sino que también se dirigieron hacia publicaciones de izquierdas. El objetivo de las contribuciones monetarias canalizadas hacia estos sectores —que rechazaban la contienda desde posiciones pacifistas o internacionalistas— se derivaba de la necesidad de contrarrestar la fuerza del impulso pro-aliado predominante en los ambientes progresistas y de izquierda. Por otra parte, y en consonancia con el objetivo de entorpecer el abastecimiento aliado, se instrumentalizó a algunos medios de la prensa proletaria para potenciar las agitaciones obreras, en un contexto social sumamente convulso. En el espacio catalán, los alemanes llegaron a subsidiar al principal órgano de prensa de la CNT, Solidaridad Obrera, lo que generó posteriormente una crisis interna y un desplazamiento de los responsables del “Soli”.

Un acierto de los autores en este contexto es el de relativizar la incidencia que las campañas propagandísticas y las operaciones de los servicios de información de los países beligerantes tu-

vieron sobre el advenimiento y desarrollo de la profunda crisis política que se cernió sobre la nación española hacia 1917. En este sentido, luego de reponer las teorías conspirativas y las acusaciones cruzadas de intromisión en los asuntos políticos hispánicos que intercambiaron franceses y alemanes, González Calleja y Aubert optan por mantener una prudente distancia crítica y reconocer los orígenes esencialmente domésticos de la crisis, vinculada a circunstancias internas exacerbadas por las consecuencias que la guerra estaba teniendo para la economía española, rechazando la imagen de una crisis orquestada desde el exterior.

En el último capítulo de la obra, “La guerra interminable” los autores se aproximan a la trayectoria de los servicios de inteligencia de Francia y Alemania en el período de entreguerras, específicamente hasta el inicio de la Guerra Civil española. El fin de la contienda europea supuso la descomposición del ejército alemán y de su servicio de información, lo que ocasionó el relevo de numerosos agentes. A pesar de las adversidades, las actividades de propaganda (que eran las que se habían desplegado con mayor pericia durante la guerra) continuaron desarrollándose, aunque contando con menores recursos. Por otra parte, hubo agentes que reorientaron su labor hacia la actividad comercial (dada la escasez de productos básicos existente en Alemania). En el caso francés, los servicios de inteligencia que operaban en España se fueron desmantelando progresivamente, suprimiendo secciones enteras de la antigua red de agentes. Un sector importante de los licenciados se integrará —en el marco de la crisis social y laboral que afecta a la Barcelona de los primeros años de la posguerra— en las bandas del pistolero sindical, al servicio de los denominados “Sindicatos Libres”, instrumentos de los patronos catalanes en el combate sin cuartel contra la CNT. Un fenómeno similar aparece con la “banda negra”, un grupo que comenzó a actuar hacia fines de la guerra, dirigido desde las sombras por el propio jefe de policía de Barcelona, Bravo Portillo, y que se infiltraba en grupos extremistas del movimiento obrero o del anarquismo para fomentar atentados contra patronos aliadófilos o fábricas que abastecían a los aliados. Esta táctica, al mismo tiempo, se proponía favorecer las divisiones al interior de la CNT y facilitar la represión estatal sobre ella.

En este punto, el análisis de González Calleja y Aubert del accionar de los servicios de información de los países beligerantes tiende a sobreestimar su impacto sobre la situación social barce-

lonesa: “La ‘guerra sucia’ que libraron en Barcelona las potencias beligerantes en el conflicto europeo tuvo una relación directa con la agudización de las luchas sociales en la Barcelona de la inmediata posguerra” (p. 346). Afirmación esta que debe ser matizada contemplando, en primer término, lo que significó para una economía española en crecimiento acelerado durante la guerra, el final de las condiciones excepcionales que esta había entrañado. El reflujo de la actividad económica se hizo sentir en el ámbito industrial, en la minería y en la agricultura, llevando la conflictividad social hasta su punto culminante. Esta evolución pudo evidenciarse, con diversa intensidad y características, en regiones y ciudades con escasa o nula presencia de servicios de información o propaganda extranjeros.

En el balance final, “Nidos de espías” se nos aparece como una investigación seria, documentada y cuidada del “frente español” en la Primer Guerra Mundial, en el que operan las potencias beligerantes para fortalecer sus posiciones, obtener productos para abastecerse, recolectar información, influir sobre la opinión pública y atraerse el favor de las autoridades. En este sentido, la obra cumplimenta sobradamente sus objetivos básicos, focalizándose en esa guerra sorda librada en territorio hispánico, y en las conflictivas repercusiones que esta supondría para la sociedad, la política, la economía y la cultura españolas. Su principal aportación puede asociarse a la amplitud y abundancia de la información recabada (especialmente la proveniente de los archivos de la inteligencia francesa), lo que la configura como un trabajo de carácter más descriptivo que analítico, en consonancia con una tendencia muy presente en la historiografía española (señalada por Julián Casanova en la década de 1990) a subestimar la relevancia de las categorías conceptuales de la teoría social al momento de abordar el análisis de procesos históricos concretos.